

7. LIBERTAD EN CRISTO

FUNDAMENTO BÍBLICO: Marcos 5:1-15.

"En la obra de la redención no hay compulsión. No se emplea ninguna fuerza exterior. Bajo la influencia del Espíritu de Dios, el hombre está libre para elegir a quién ha de servir. En el cambio que se produce cuando el alma se entrega a Cristo, hay la más completa sensación de libertad" (Elena G. de White).

INTRODUCCIÓN

La mañana era radiante y gloriosa. La tierra, el cielo y el mar parecían unidos en una sinfonía de luz y de color. Era como si la naturaleza entera se vistiera de gala para dar una adecuada bienvenida a Jesús, el Hijo del Dios viviente, que acababa de desembarcar en la playa. Él y sus discípulos venían en busca de reposo, y por la mañana la playa solitaria les ofrecía una promesa de descanso.

Pero apenas habían puesto el pie en la playa cuando un grito de terror los estremeció. Al volverse para ver de dónde procedía aquel grito, vieron a dos locos que corrían hacia ellos con ánimo de atacarlos. Mateo, que fue testigo presencial de aquel acontecimiento, dice que eran "feroces en gran manera" (Mateo 8:28).

Los discípulos huyeron aterrorizados, pero Jesús esperó tranquilo. Cuando los endemoniados estuvieron cerca, levantó la mano y ordenó: "Sal,... espíritu inmundo" (Marcos 5:8). El demonio no pudo resistir la orden de Jesús y dejó libres a sus víctimas.

I. Esclavos del pecado

Aquellos hombres habían caído completamente bajo el dominio de Satanás y sus ángeles. Los demonios los habían sometido a una cruel esclavitud. Todas sus facultades estaban bajo el dominio del mal.

Cuando vieron a Jesús comprendieron, por iluminación del Espíritu Santo, que estaban ante Uno que podía liberarlos. Un rayo de luz

penetró las tinieblas que los envolvían, y de lo más hondo de sus almas brotó el clamor pidiendo misericordia y liberación.

Pero no lograron expresar su petición. Los demonios los dominaban de tal manera que ni siquiera podían decir lo que querían expresar. Hasta su sistema de fonación estaba bajo el control de los demonios. Sus labios no pudieron pronunciar el grito de angustia. La que se oyó fue la voz de Satanás que decía: "¿Qué tienes conmigo, Jesús, Hijo del Dios Altísimo? Te conjuro por Dios que no me atormentes" (Marcos 5:7). Jesús, sin embargo, oyó la súplica que no llegó a expresarse y quebrantó las cadenas de la esclavitud.

Aquellos endemoniados eran un caso extremo del dominio que Satanás ejercía sobre los seres humanos en los días de Jesús, y que ha ejercido en todos los tiempos. Cuando Jesús vino a esta tierra encontró que los "agentes satánicos estaban incorporados en los hombres. Los cuerpos de los seres humanos, hechos para ser morada de Dios, habían llegado a ser habitación de demonios. Los sentidos, los nervios, las pasiones, los órganos de los hombres, eran movidos por agentes sobrenaturales en la complacencia más vil".

Satanás domina a los seres humanos a través del pecado. Por tanto, todos estamos, en mayor o menor medida, sujetos a su dominio. Jesús expresó este hecho con claridad cuando dijo: "Todo aquel que hace pecado, esclavo es del pecado" (Juan 8:34). Y Juan, tiempo después, presentó con más precisión esta idea de Jesús cuando escribió: "El que practica el pecado es del diablo" (1 Juan 3:8). San Pablo dijo que "el que se somete a alguien para obedecerle es siervo de aquel a quien obedece" (Romanos 6:16).

Oh, sí. Satanás, por medio del pecado, estableció un "imperio de muerte", donde ha tenido a todos los seres humanos "sujetos a servidumbre" (Hebreos 2:14, 15). La humanidad entera gime bajo el yugo de esclavitud y muchas veces, como el endemoniado de Gádara, las personas no logran expresar su clamor pidiendo liberación.

"Millones de seres humanos están sujetos a las falsas religiones, en la esclavitud del miedo... trabajando duramente como bestias de carga,

despojados de esperanza o gozo o aspiración aquí, y dominados tan sólo por un sombrío temor de lo futuro". San Pablo dice que los animales están enfermos y son cazados, perseguidos y exterminados; la Tierra se halla saqueada, contaminada y destruida; y la naturaleza y la creación enteras gimen en espera de la "libertad gloriosa de los hijos de Dios" (Romanos 8:21).

II. JESÚS, el Gran Libertador

Con razón el hombre considera la libertad como el sumo bien. La epopeya de la libertad es la epopeya del hombre. La libertad política, la libertad religiosa, la libertad de las enfermedades, de la pobreza y el temor, son los más preciados bienes que el hombre ha buscado sin encontrarlos.

Hay, sin embargo, una buena noticia. La libertad es posible, pero sólo en Cristo. Nuestro Señor Jesús vino a esta tierra a "pregonar libertad a los cautivos,... a poner en libertad a los oprimidos" (Lucas 4:18). Por eso Jesús dijo a los judíos, y a toda la humanidad: "Así que, si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres" (Juan 8:36). Con razón dijo la escritora Elena G. de White: "La única condición bajo la cual es posible la libertad del hombre, es que éste llegue a ser uno con Cristo".

Jesús dijo apropiadamente: "Y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres". Verdad es una palabra frecuente en el Evangelio de San Juan. "En su sentido básico, verdad es lo que corresponde con la realidad". Pero San Juan la usa "en su sentido más restringido: las realidades enseñadas en la religión cristiana acerca de Dios y la ejecución de los propósitos divinos mediante Cristo".

Jesús enseñó esta verdad, pues él mismo era y es la "verdad" (Juan 14:6). Desde el principio estuvo "lleno de gracia y de verdad" (Juan 1:14). La verdad que hace libre al hombre es la gracia de Dios que le perdona "los pecados pasados" (Romanos 3:25), y por lo tanto lo libra de "condenación" (Romanos 8:1). Es la verdad doctrinal que libra al hombre de nociones equivocadas y de "doctrinas de demonios" (1 Timoteo 4:1), para dirigirlo mediante "la sana doctrina" (2 Timoteo 4:3).

Es la verdad que lo libera de ordenanzas y obligaciones externas que lo sujetan a la ley de un "amo extraño" y lo convierten en un ser neurótico, según indicó incorrectamente Freud, para escribir en su corazón y en su mente la ley de Dios, que es "la ley de la libertad" (Santiago 2:12). De ese modo podrá decir con el salmista: "Kndaré en libertad, porque busqué tus mandamientos" (Salmo 119:45).

III. Andar en libertad

San Pablo dice que los que han sido librados de la condenación porque ya están en Cristo Jesús, "no andan conforme a la carne, sino conforme al Espíritu" (Romanos 8:1). Y al andar en el Espíritu andan en libertad "porque... donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad" (2 Corintios 3:17). ¿Por qué es libre el que está en el Espíritu? ¿Será porque ya no está sujeto a ninguna ley, ni siquiera a la ley de Dios? No.

"La libertad del Espíritu es la de una nueva vida que siempre se expresa en forma natural y espontánea por una sencilla razón: cuando un hombre nace de nuevo, su deseo supremo es que la voluntad de Dios sea eficaz en él. La ley de Dios escrita en el corazón lo libera de todo tipo de obligación externa.

Prefiere hacer lo correcto no porque la "letra" de la ley le prohíbe hacer lo incorrecto, sino porque el espíritu de la ley grabado en su corazón lo induce a preferir lo correcto... Acepta que la ley es buena, y según el hombre interior se deleita en la ley de Dios".

Con cuánta razón escribió Elena G. de White lo siguiente:

"En la obra de la redención no hay compulsión. No se emplea ninguna fuerza exterior. Bajo la influencia del Espíritu de Dios, el hombre está libre para elegir a quién ha de servir. En el cambio que se produce cuando el alma se entrega a Cristo, hay la más completa sensación de libertad".

CONCLUSIÓN - LLAMADO

Toda la creación espera participar de la emancipación que se producirá cuando Cristo aparezca. Para los hijos de Dios, "la libertad

gloriosa" significará completa liberación de la presencia y el poder del pecado; liberación de la tentación, de las calamidades y de la muerte.

En la gloria futura, los hijos de Dios estarán libres para poner en acción todas sus facultades, en perfecta armonía con la voluntad de Dios. Decidirán servir eternamente a Dios en uso de libertad con que Cristo nos hizo libres. (Gálatas 5:1).

¿Quieres esa libertad hoy?

¡Ven al altar del Señor y serás libre!